

Narración y ensayo en Italo Calvino

1. El realismo paródico, o la transfiguración de la realidad

La parodia es una reflexión sobre la realidad, es decir, una mirada en perspectiva irónica. Parodiar es escribir en segunda escritura, en el distanciamiento desmitificador. Un irónico es un intelectual escritor. Las mejores novelas de Italo Calvino son literatura y perspectiva¹, distanciamiento irónico y reflexión. Escribir es un oficio, o beneficio, según se mire; un padecimiento o una alegría personal. Se puede espantar a los demonios interiores², elevándoles a estatuas de perfección, mitificándoles sobre la podredumbre personal o reduciéndoles a espantapájaros, payasos de la propia caricatura. Italo Calvino opta por el extrañamiento de sus duendes interiores, convertidos en muñecos bufos por el arte de la palabra.

La historia, la grande y humana, y la personal, mínima, puede ser una epopeya, un drama o una comedia. Italo Calvino prefiere verla como epopeya bufa. El invento ya estaba en Cervantes y el Quijote, perspectivismo novelesco aquí olvidado y que abriría las puertas a la novelística anglosajona y, en general, a todo intento serio de modernidad. Calvino lleva hasta sus límites la disfunción entre realidad y fantasía, entre caballería y bufonismo. La heroicidad de la armadura vacía permanece en la desproporción del cartón piedra, en la nadería de las hazañas sublimes y ridículas. (Pues en todo acto heroico hay una pose de irrisión y en la bufonada, la heroicidad de sobreponerse al ridículo y hacer tambalear la seriedad de los poderosos.) El escritor ha conseguido «transformar» la sociedad por medio de la ironía, el sarcasmo, la bufonada, y no por la crítica seria, los tratados y las dedicatorias. El poderoso se reía de las «ocurrencias» del bufón y las aplaudía. Era como su *alter ego*, la crítica dentro de casa, el guiño de su otro-yo, villano y gracioso, bellaco y burlón. Esas bromas se aguantaban del bufón, pero no del consejero, del amigo.

Para Italo Calvino, la historia, la civilización o la cultura, como quiera llamarse a estos entes-palabras, son materia de reflexión, no de estudio erudito y serio, que de ello ya se encargan los historiadores, pensadores y críticos, sino de re-lectura irónica, de re-escritura paródica. La historia, la grande y la mínima, no se puede tomar en serio, sino a broma. Si se toma en serio se mitifica, se desproporciona hasta convertirse en estatua petrificada. Si se toma en broma, se la rescata del pasado, se hace presente, vida. Son los poderes del escritor que le son negados al historiador serio, si no quiere convertirse en novelero. Italo Calvino no tiene más que retrotraer la historia medieval, detenida en un armería, dar cuerda al carrusel y todos los soldados de plomo, caballeros de corazas brillantes y yelmos de oro recobran la vida automática de nuestros días. Y vemos aparecer a *El caballero inexistente*, con toda la brillantez heráldica y el vacío interior de un ejecutivo moderno. También los códigos caballerescos, la paz espiritual de la misión cumplida, alcanzan a las estructuras y absurdos de nuestra sociedad estandarizada, burocrática, robotizada, alienada con códigos y señales,

¹ Véase M. BAQUERO GOYANES: *Perspectivismo y contraste*, Gredos, Madrid, 1963.

² ERNESTO SÁBATO: *El escritor y sus fantasmas*, Aguilar, Buenos Aires, 1963.

mandamientos absurdos. La lectura de la historia antigua se convierte en una lectura del presente.

¿Se negará realismo a la escritura de Italo Calvino? ¿Qué es el realismo? ¿Quitarle la piel a la realidad, dejarla en carne viva? Eso sería una estética de la crueldad; también de la superficialidad. El realismo irónico de Italo Calvino llega más lejos. Allí donde no puede entrar la seriedad, penetra el humor. Las instituciones son castillos bien almenados, como las verdades absolutas. Lo que un rey no permitía a su amigo se lo consentía al bufón. La historia es una asignatura, y una vida arqueológica, detenida, disecada, muy respetable. También lo es la mitología. Los mitos eran el alma de la historia, entendida como maestra, madre y novia. Cuando esos mitos se vinieron abajo, desmontados por la ciencia, la historia fue disciplina seria, aburrida; economía de manual, dialéctica, estadística. Acaso había perdido la verdadera realidad, la verdad evanescente. ¿Quién confundiría a novelas como *El barón Rampante*, *El vizconde Demediado* o *El caballero Inexistente*, con la historia? Y, sin embargo, son historia y vida, mitificación y desmitificación, literatura. El escritor puede escribir la historia de un día o la literatura de un siglo. Puede escribir-vivir el pasado como presente y huir del presente hacia el pasado o hacia el futuro.

Italo Calvino desmitifica los grandes títulos, los sonoros nombres, sean condes o barones, los caballeros del Santo Grial o Carlomagno. ¿Es una irreverencia? El escritor épico eleva a los hombres mortales a la categoría de héroes o semidioses. Es decir, los deshumaniza hasta el punto de hacerlos irreconocibles, pues están más allá del bien y del mal. Al escritor épico se opone el escritor irónico que baja al héroe de las alturas, donde es estatua y dios, y lo devuelve humano y risible. Pues la risa nace en la desproporción, de héroe a hombre, en la subida más grotesca, y en la caída, más piadosa. De ahí que el escritor irónico sea realista, que devuelva a los personajes a su sitio normal, sin máscaras, ni caretas, cualidad sobre la que insistirá una y otra vez Italo Calvino en sus ensayos críticos.

Hay una historia magnificada, poblada de héroes y estatuas ilustres. Esa historia sí que es irreal. Teatro petrificado, modelos del marmolista. Los grandes personajes esconden tras sus caretas, muchas veces, la tragedia de hombres fracasados, convertidos en símbolos. La ironización sobre los héroes, que tantos apasionamientos vanos levanta, no es una degradación, sino un ajuste de realidad a la falsa situación histórica.

Italo Calvino lee la historia desde la ironía del intelectual. Elige tipos de entre los nombres gloriosos y construye sus personajes. A veces son sólo la vestimenta, la armadura o la máscara; otras son tan humanos que les sobran sus arreos ornamentales. Calvino no quiere despertar pasiones nacionales y no elige nombres históricos, bien conocidos o héroes de patrias. Nadie puede reclamar el honor de sus ancestros por parodiar a Aguilulfo Emo Bertrandino de los Guildevernos o al Barón Rampante, Cósimo Piovasco de Rondó. (En esta altisonancia de nombres y enmascaramientos de héroes reales hay también una gran ironía.)

Italo Calvino es un escritor con obra consolidada, sugerente: *El sendero de los nidos de araña*, *Ultimo llega el cuervo*, *La entrada en guerra*, *Marcovaldo*, *El barón rampante*, *El vizconde demediado*, *El caballero inexistente*, *Las cósmicas*, *La jornada de un interventor*

electoral, *La nube de Smog*. *La especulación inmobiliaria*, *Punto y aparte*. A esta última obra ha seguido la novela *Si una noche de invierno un viajero* ³.

De su obra comenzada en el neorrealismo, continuada en la transfiguración fantástica, interesa más esta última dirección. El neorrealismo fue su aprendizaje, del cual no reniega Italo Calvino, sino que lo supera. Hay en él como un rescoldo nostálgico, de sus años de juventud y compromiso político; su amistad con Pavese y su admiración por Vittorini, no reniega de su andadura inicial; pero se justifica contra aquellos que sospechan que ha «traicionado» la realidad.

El neorrealismo italiano tiene ya los grandes maestros; Calvino llega a esta escuela desde la condición de discípulo. Hace allí sus ensayos de escritor, de aprendiz. Pero empieza a ser él mismo, y a consolidar su fama internacional, cuando descubre su manera personal de mirar la historia y la vida, y acierta a dar con una imagen transfiguradora de la realidad. Sin duda las obras que le han dado más fama, donde mejor muestra su originalidad narradora, son el *Cavaliere inesistente*, el *Visconte dimezzato* y el *Barone rampante*, trilogía unida por el mismo estilo paródico, fábulas morales, entendidas por su autor como experiencias de la condición humana, maneras de realizarse en cuanto hombres: En *El caballero inexistente*, la conquista del ser; en *El vizconde demediado*, la aspiración a la plenitud por encima de las mutilaciones impuestas por la sociedad, en *El barón rampante*, una vía hacia la plenitud, y autodeterminación individual. Son tres perspectivas de la vida, caminos de la libertad, obras abiertas en la concepción de Umberto Eco ⁴, tan cara a Italo Calvino. Pueden ser entendidas como un árbol genealógico, como etapas de la historia del hombre: en la Edad Media, en el Siglo de las Luces (ilustración/revolución).

La trilogía paródica le ha dado la fama; pero no se olvide que en 1963 ganó el premio internacional de novela con su obra: *La jornada de un interventor electoral*. La política siempre estuvo en la pre-ocupación de Calvino: su pertenencia al Partido Comunista, su actividad periodística en *L'unitá*. Lo social actúa en él como un trasfondo de conciencia que no puede eludir y que trata de justificar, creo que inútilmente, cuando explica las fábulas morales que parecerán anacrónicas, «irrealistas», para un crítico doctrinario, que confundiera la política con la literatura.

En Italo Calvino, como en otros intelectuales de izquierdas, que un día pertenecieron al Partido Comunista, se nota esa vacilación, de no saber si sigue por el buen camino del compromiso. Quieren explicar que no han claudicado al «veneno» capitalista, que no se han hecho reaccionarios. En la soledad del escritor libre, sin sectarismos ni sacristías, preocupado por la libertad del hombre, por su dignidad, en todas partes. Pero no pueden evitar las obsesiones juveniles, aquellas que fueron pasiones y conformaron el compromiso.

Calvino es un escritor intelectual. Es creador puro, liberado de sus demonios interiores cuando escribe sus parodias históricas, sus fábulas morales. Pero se notan

³ Editorial Bruguera ha difundido, en lengua castellana, las principales obras de ITALO CALVINO, en traducciones solventes y al alcance del gran público.

⁴ UMBERTO ECO: *Opera aperta*, Bompiani, Milán, 1962. (Traducción española *Obra abierta*), Seix-Barral, Barcelona, 1965.